

Meditaciones en la estación de Caspe

Estación de Caspe. Son las seis de la tarde. Sin pensar en ello, seguramente cuando más alejado estaba de mi imaginación el libro del querido camarada Ricardo Mella, sobre el amor humano, lo que él, con un cariño todo sensibilidad, quiere hacernos sentir, ha vibrado por unos momentos en todo mi ser.

Estación de Caspe. Son las seis de la tarde. Un tren, con una centuria de milicianos, parte para el frente. Flamean banderas rojinegras; de rostros sudorosos, salen destellos lanzados por ojos radiantes ante la alegría de ir al frente. El tren deja oír su tra-ca-trá, que hoy tiene sonos de consigna nueva — C. N. T. —, y es coreado en su marcha por las voces de los milicianos, que dan un saludo de despedida a Caspe la Liberada, entonando nuestros himnos, que nunca como ahora fueron de lucha. Los he visto partir sentados en un cajón vacío de tabaco. Y con ellos, se ha ido algo de mi ser, quizá la parte de luchador que todo anarquista llevamos dentro, algo que me impulsaba a saltar al estribo del tren y a partir con ellos.

Ya sólo se divisa, al coger una curva, el último vagón del ferrocarril. La máquina lanza, junto con el pañuelo de su penacho de humo, tres plidos ecos, que, por ser consigna, sueñan a despedida.

Y yo he quedado solo. No; sólo está mal dicho. La estación rebose de gente y, además, conmigo ha quedado, si no lo mejor, lo más pechico de mi ser. En el tren, dándole escolta, se fué todo lo que esa raza maldita que hoy combatimos sembró en mí de odio con sus persecuciones y viles canalladas.

En la estación de Caspe, a las seis de la tarde, en mí sólo ha quedado, haciéndome compañía, todo lo que de confraternidad y amor humano encierra nuestro bello ideal.

Y he meditado. Y he sentido pena. He padecido por los que padecen y por los que ya han dejado de padecer. Al pensar que nosotros, que sólo deseamos un bien supremo y un Amor— así, con mayúscula— para todos los seres, tenemos que empuñar armas exterminadoras para vengar agravios e imponer razones, he temblado— tan sólo un momento— por la crisis de humanismo que esto supone.

Poco han durado mis meditaciones. Se han acordado a hacerse una pregunta, que no recuerdo, y cuando he querido volver a recoger el hilo de la madeja de mi pensamiento, ya éste estaba roto y he encontrado otro, que me ha llevado por diferentes detrazos.

He comprendido la necesidad imperiosa, urgente, que tenemos de exterminar la cizaña que por negligencia de nuestros agricultores— léase políticos— ha tomado arraigo y empezaba a dar flores— tristes y sin olor— en nuestros campos. Y he comprendido también que sólo podía ser óptima la cosecha cuanto más radical fuese la labor depuradora.

Y ha sido entonces cuando, venciendo al humanismo, o romanticismo, si así queréis llamarlo, ha vuelto a mí lo que de mí ser interior se había ido con el tren... ¡A luchar, a luchar!

Caspe - Belchite

Las diez de la mañana nos dan en un despacho de la comandancia de la segunda columna.

En el hotel Latorre, donde nos hospedamos, nos comunican que, de orden de la comandancia, habían venido a buscar a nuestro chófer a la una de la madrugada, y, deseosos de saber a qué obedecía esta llamada, nos hemos encaminado al Cuartel general. Nos explican que ha salido con dirección al frente de Belchite, conduciendo un camión blindado, y que hace un momento ha telefonado desde Azaila, dejando el recado de que si al repórter de "Tierra y Libertad" le interesaba presenciar un poco de "jaleo" desde cerca, que se desincase hasta allá.

Efectivamente. Ha empezado el asalto a Belchite, y se espera que la resistencia por parte de los rebeldes será mucha.

Conseguido el permiso del Cuartel general para marchar, sólo falta encontrar algo imprescindible y un poco difícil. Un coche que nos lleve.

En el mismo despacho, se halla, esperando también para trasladarse al frente, un piloto aviador que presta servicio de enlace con el Cuartel general. Finalmente, nos avisan que ha sido encontrado coche, y, después de cargar el depósito de gasolina hasta el máximo, salimos a gran velocidad para Azaila. Una sola parada, en Escatrón, para controlar el paso, y emprendemos la subida en zig-zag que nos ha de llevar a nuestra meta.

Unas cortas palabras con el aviador, para calcular su sociabilidad.

La acogida es cordial, y ya embalsados, continuamos prondidos en el interrogante de las preguntas.

Nos comunican que pertenecen a los pilotos civiles movilizados y forma parte de la escuadrilla "Las Alas Rojas", que ha sabido hacerse popular por su actuación.

Nos va dando datos técnicos sobre duración de vuelo de los aviones, carga de explosivos que pueden llevar, y de otra infinidad de detalles de que hacemos gracia al compañero lector para no cansarlo.

Nos encontramos a las puertas de Azaila.

El aviador, que en esta ocasión es nuestro chófer, nos dice que, dada su misión de enlace, no puede continuar hacia adelante sin autorización del compañero Ortiz, jefe de la columna, y decidimos aceptar la oferta cordial que nos ha hecho el personal sanitario de este pueblo, de brindarnos comida.

Una magnífica ensalada, un bien curado jamón y una tortilla, todo ello servido diligentemente por una gentil y dinámica compañera francesa, que presta sus servicios en la Cruz Roja, constituyen nuestro menú.

Durante la comida, echamos mano al cajón de nuestra curiosidad, y pronto empezamos los flechazos.

Los servicios médicos del hospital de sangre están atendidos por dos heriñños atentos, que no han vacilado en dejar su familia y cliente-

ta en Villanueva y Geltrú, corriendo a aportar su ciencia a la causa común del pueblo.

Acabada la comida, y cuando pensábamos utilizar la invitación hecha por un compañero de ir a tomar café a su casa, nos enteramos de que ha llegado el camarada Ortiz.

Corremos a su encuentro, y lo hallamos en lo alto del campanario de la que fué iglesia de Azaila, sentado en el suelo y comiendo en un plato de los llamados de "nill".

Breves palabras enterándonos de la marcha de los sucesos, y, a continuación, petición, que nos es concedida, de utilizar el coche de enlace para trasladarnos al frente.

Nuestros rostros sonríen. El fotógrafo mira y remira su máquina con el interés de quien sabe lo útil que le va a ser dentro de poco.

A seis kilómetros de Belchite, encontramos varios coches parados y dos tanques, cuyos conductores, tirados en el suelo, descansan. Nos aconsejan que, si queremos continuar, lo hagamos a pie, pues por la carretera es peligroso.

Se está librando un duelo entre nuestra artillería y la faciosa, y las granddas enemigas con un poco más adelante de donde nos encontramos parados.

Dejamos el coche y continuamos la marcha a pie, en busca de nuestra batería. Detrás de unas gavillitas de paja, disimulados para dificultar el cálculo del enemigo, están emplazadas cuatro piezas del diez y medio.

Por la mañana, aquello era un infierno, un continuo cruce de mensajes de muerte. Ahora se manobra con tranquilidad, pues, gracias a un cálculo cortero del capitán García Miranda, un obús nuestro ha destrozado el cañón del diez y medio que tenía el enemigo, y con el que les queda, del siete y medio, no llegan a darle nos encontramos.

Después de contemplar durante un rato la manobra de carga y disparo de las piezas, decidimos acercarnos a un montículo situado más cerca del enemigo, en el que está emplazado el mando de la batería, y desde el cual transmiten las órdenes por teléfono. Allí encontramos, observando el campo enemigo con sus prismáticos, al comandante Entrás y a los capitanes García Miranda y Suárez.

Oímos decir las órdenes al telefonista, para que éste las transmita a las piezas, y ello nos permite apreciar con exactitud el momento en que se produce el disparo. Acto seguido, nuestros komelos enfocan el pueblo para poder apreciar los efectos del proyectil; pero el capitán García Miranda nos aconseja que no nos apuremos, pues el proyectil tarda 22 segundos en llegar al enemigo. Desde la distancia a que estamos, se aprecia con perfección el efecto de los disparos. Vemos saltar montones de tierra y hilitos— sin duda fascistas— que se mueven con velocidad.

Sabemos que hay guerrillas más cerca del enemigo, y nos interesa acercarnos a ellas.

Cuando ya nos disponemos a partir, llega el camarada Ortiz, al que acompaña el comandante Salavera.

Nuevos prismáticos que salen de sus fundas y tienden sus ojos negros y alargados, enfocando el campo enemigo.

Por la parte de Lésera, nuestra artillería manita, con constante regularidad, proyecta tras proyectil sobre Belchite. De pronto, llama nuestra atención un camión blindado que, ostentando bandera roja y negra, avanza hacia nosotros. Pocos minutos después, el chófer del camión, nuestro chófer, viene a comunicarnos el compañero Ortiz lo que en su exploración a las avanzadas enemigas ha podido observar. En lo alto de la iglesia del pueblo de Belchite, tienen emplazadas dos ametralladoras que no dejan en reposo a nuestras avanzadillas, que están en unos olivares situados a la entrada del pueblo.

Pronto la artillería empieza a modificar puntería. Las palabras deriva, grados y minutos afluyen a la boca del capitán García Miranda. Nuestro chófer dice que va a volver a intentar acercarse a las avanzadillas enemigas, y el que estas líneas escribe, comprendiendo que la ocasión de ver el combate de cerca es única, se mota de un salto dentro del camión blindado.

He tenido ocasión de ver algunos tanques, y puedo asegurar que el blindaje de este camión, efectuado en los talleres "Vulcano", de Barcelona, es algo que inspira absoluta confianza.

Completo el personal que admito de carga, emprendemos la marcha hacia el frente.

Uno de los que van con nosotros en el coche nos dice que no existe peligro hasta que no lleguemos a una posada vieja que hay al borde de la carretera. Efectivamente, hasta aquí, todo va bien. Unicamente el calor nos agobia, pero eso no es motivo para que no continuemos nuestra lenta, pero segura marcha. A pocos metros de nosotros, otro camión blindado sigue nuestra ruta.

Traspasamos la casa vieja. No hay novedad; pero pronto nos obligan a rectificar. A unos cuantos metros delante de nosotros, estalla un obús. El coche sigue su marcha, y, desde el asiento delantero— voy al lado del chófer—, veo clavarse en el suelo los disparos de la ametralladora. A nuestra derecha estalla otro obús. Prohibimos a seguir un poco más adelante. Dos nuevos saludos, que tampoco dan en el blanco, y es raro, pues dos camiones es un objetivo bastante regular.

Estalla otro obús, y, comprendiendo la inutilidad de nuestro proyectil, damos vuelta al coche. Sigue hoviendo metralla. ¡Pero qué mal tiran! Uno cae detrás, otro, delante. Parán un momento los coches, para dejarnos junto a las guerrillas y emprender la retirada. Empezamos a desplegarlos, cuando hay que tirarse al suelo. Un silbido y una explosión a nuestras espaldas. Nos ladamos a la izquierda, y otra vez cuerpo a tierra y nueva explosión.

Del campo de batalla

Los pueblos felices no tienen historia. Las columnas tampoco, al menos antes de llegar al frente. La ilusión, el entusiasmo, la sangre fría de los chicos que componen la columna Francisco Ascaso son cosas indescribibles. A todo lo largo del viaje no tenían más que una preocupación: cuándo se van a dar cartuchos. Tienen hambre de cartuchos, porque tienen hambre de lucha y de victoria. Llevan el fusil como algo precioso. Uno no deja de decir que su escopeta es su novia. La acaricia, la mira, la toma en las manos inspeccionando los más leves detalles del mecanismo.

Y todo se desarrolla en medio de la más sincera alegría. Han hecho el sacrificio de su vida. La ofrecen sin más dificultad que si se tratara de dar una moneda de cinco céntimos a un mendigo.

Estos voluntarios dan pruebas de una autodisciplina abrumadora. Parece que el pueblo más rebelde está dispuesto a los sacrificios más nobles para afirmar su voluntad de quedar libre.

Mientras escribo estas líneas, la primera centuria ya está peleando y apenas hace una hora que llegó. Ha oído a Domingo Ascaso arregándolos antes de que se marcharan. Fue algo muy conmovedor. Les invitó a respetar el orden revolucionario, a comportarse con coraje y dignidad. El marchó al frente de la expedición, con la impassibilidad de un viejo luchador.



El trabajo en la tierra liberada

Tierra y Libertad

Precios de suscripción

- 1 trimestre, pesetas 2'—
- 1 semestre, pesetas 4'—
- 1 año, pesetas 8'—

EXTRANJERO

- 1 trimestre, pesetas 4'—
- 1 semestre, pesetas 8'—
- 1 año, pesetas 16'—